

## Los diez mitos de las políticas sociales en América Latina

por Emilio Pauselli

Desde hace décadas la existencia de la pobreza y la indigencia preocupa a las sociedades, a los gobiernos y a los organismos supranacionales de la región. De más está decir que las personas a las que les toca vivir esa realidad llevan una existencia penosa, encerrados en la única vida que les ha tocado vivir, esperando sin esperanzas que esa condición termine, lo que ocurre habitualmente sólo con su muerte.

Es por eso por lo que se destinan regularmente recursos para paliar esa situación y, en algunos casos, se intentan acciones para remediarla. Las Naciones Unidas, su Comisión Económica para América Latina y el Caribe –CEPAL– y hasta los organismos financieros multilaterales como el Banco Mundial –BM–, el Banco Interamericano de Desarrollo –BID– o la Corporación Andina de Fomento –CAF– expresan su preocupación y destinan fondos para resolver “el problema”. En los propios objetivos del milenio se declara la intención de terminar con la pobreza, aunque, a medida que pasa el tiempo y ante los magros resultados obtenidos, el plazo se va extendiendo: del 2015 ha pasado a esperarse ese milagro para el 2030 y, como marchan las cosas, una nueva postergación será necesaria.

Todos los gobiernos de la región cuentan con ministerios destinados a atender “el problema”. La mayoría de ellos llevan el nombre de “Desarrollo Social”, definiendo así que la pobreza y la indigencia serían problemas relacionados con la falta de desarrollo –cualquier cosa sea éste– de las sociedades. Se tiende, al menos en teoría, a aumentar los presupuestos destinados a acabar con este flagelo.

Finalmente, por alguna razón desconocida para nosotros, a todas estas acciones, programas y proyectos se los llama “políticas sociales”, como si el resto de las políticas públicas no lo fueran y, en la mayoría de los casos,

no ocasionaran muchas de las situaciones que luego aquellas tienden a remediar.

Pero, si nos alejamos por un momento de estos esfuerzos cotidianos y vemos la evolución de la pobreza y la indigencia en América Latina, deberemos concluir en que las ideas en que se basan y las decisiones que impulsan estas “políticas sociales” están definitivamente erradas. No importa lo que gasten ni las intenciones que las motiven: a tenor de los resultados sería prudente revisar sus propios fundamentos.

Claro que no es fácil encontrar el lugar desde donde realizar esa revisión. Los organismos multilaterales financian sólo ese tipo de políticas, los gobiernos independientemente de su orientación las impulsan y la academia las fundamenta. Y la dinámica así desencadenada es tan perversa que, cuando no se logran los resultados esperados, la culpa la termina teniendo el pobre pobre.

Un equipo de remo excelentemente organizado, que contaba con un director de equipo, un psicólogo deportivo, un preparador físico, un preparador técnico, un ingeniero náutico, un especialista en comunicación interna, un encargado de relaciones públicas, un administrador, un representante legal y un remero, venía de perder todas las finales en los últimos diez años contra un equipo muy modesto compuesto por un jefe de equipo y nueve remeros. Luego de analizar esa performance tan insatisfactoria, el equipo perdedor decidió despedir al remero por falta de actitud. Nuestro pobre termina siendo siempre ese remero culpabilizado: le faltó educación, espíritu de superación, capacidad emprendedora, disposición al sacrificio o iniciativa creadora.

Claro que aquí se hace necesario distinguir entre dos fenómenos. El primero es la suma de causas sociales, económicas y políticas que generan permanentemente pobreza e indigencia en nuestro subcontinente. Dichos eventos están firmemente unidos por el puente que constituye la cultura del privilegio que, desde la época colonial, ha sufrido pocas modificaciones en nuestras sociedades.

El segundo fenómeno es el de la inocuidad de las llamadas “políticas sociales” en orden a modificar los resultados producidos por esa cultura estamental. En este artículo nos referiremos a una decena de mitos –claro que no los únicos– que se hallan en la base de estas políticas y que explicarían, en parte, al menos, su falta total de eficacia.

A por el primero:

## Mito 1. Existen pobres e indigentes

De esto están todos convencidos, hasta los pobres. Su evidencia hasta parece ser el motivo del presente artículo. Pero a la hora de definir a un pobre nos la vemos realmente en figurillas.

Esto se debe no sólo a las diferentes maneras de medir la pobreza, ya sea por ingresos, por necesidades básicas insatisfechas o por acceso a derechos<sup>1</sup>. Los intentos de medición multidimensional de la pobreza llevados adelante en la región arrojaron que alrededor del 70 % de nuestra gente vive en esas condiciones, quizás por eso dejaron de hacerse. En todos los casos, esas definiciones no alcanzan para incluir a nuestro pobre en alguna clase especial de miembro de la sociedad.

La creencia de que hay pobres lleva, inevitablemente, a que multitud de acciones se dirijan a “cambiar” al pobre para que, definitivamente, deje de serlo. El pobre es como el enfermo: necesita de cura. La terapia puede estar orientada a sus capacidades cognitivas, a sus habilidades sociales, a su participación ciudadana o a otras dimensiones que lo definirían como pobre. El éxito de estas políticas debería consistir, entonces, en una disminución progresiva de esas limitaciones y en un aumento correlativo de las características que hacen a las personas miembros “normales” de una sociedad.

Claro que cuando la mitad o más de la sociedad está compuesta por pobres ya se hace un poco más difícil la definición de normalidad, pero

1 Para más detalles sobre medición de la pobreza consultar *La igualdad desigual*, Pauselli, 2018, Capítulo 5, en [www.emiliopauselli.com.ar](http://www.emiliopauselli.com.ar)

eso es un pequeño problema fáctico que no empequeñece el valor de la teoría. Siempre es posible agregar alguna hipótesis complementaria que indique cómo debería ser esa vida normal para no ser considerado pobre.

Pero, aun incluyendo esas precisiones, la definición de pobre se nos sigue negando. No logramos encontrar nada distintivo, inherente al pobre, que nos permita diferenciarlo del resto de los miembros de la especie. Algo así como un análisis de sangre o un test mental que nos asegure cuándo incluir o excluir a alguien de la categoría de “pobre”.

Las series que intentan relacionarlo con su edad, su género, su nivel de instrucción, han fracasado también en el intento. Niños, jóvenes o viejos; varones o mujeres; con estudios básicos o con estudios superiores, todos en algún momento de su vida –la mayoría durante casi toda ella– forman parte de esta categoría, por demás inasible.

Entonces, una posibilidad de mejora de las políticas sociales es abandonar esos intentos de definición, tarea que fluctúa entre la estadística y la moral, y **reconocer de una vez que no existen “los pobres” ni “los indigentes”**. **Sólo hay seres humanos, absolutamente iguales e indistinguibles del resto de la especie, que viven en condiciones de pobreza e indigencia. Un primer corolario de este descubrimiento es que lo que se debe intentar cambiar, entonces, son esas condiciones y no a las personas que la sufren.**

El problema ya no será, entonces, que “el pobre” deba aumentar su “empleabilidad” para así, quizás, obtener ingresos: el problema al que habrá que prestar atención es a que tenga ingresos. Ya no será el objetivo que “el pobre” se organice para tener agua potable: el real desafío será que tenga agua potable y terminemos con los tristes espectáculos de las epidemias de cólera en pleno siglo XXI.

Porque, como ya ha sido dicho, la pobreza no es un problema de falta de actitud sino de falta de efectivo<sup>2</sup>.

2 Rutger Bregman. Charla TED: *La pobreza no es falta de carácter sino de dinero*, en <https://www.google.com/search?channel=fs&client=ubuntu&q=la+pobreza+no+es+falta+de+actitud+bregman+subtitulado#fstate=ive&vld=cid:a8690862,vid:IwyTrWc-9g8>

## Mito 2. A los pobres hay que capacitarlos

En las últimas décadas no hemos conocido ningún programa destinado a la superación de la pobreza que no contenga, como componente esencial, algún tipo de capacitación para las personas que viven en esas condiciones.

Esta realidad revela una creencia notable: la pobreza se originaría en alguna clase de problema cognitivo. Esas situaciones no tendrían que ver con ningún tipo de intereses ni tampoco con las asimetrías simbólicas que existen entre las personas y grupos de personas. Teniendo tantas ventajas ser rico, se hace evidente que aquel que es pobre lo sigue siendo sólo por no haber entendido bien algo sobre la vida. Impartirle los conocimientos necesarios para alcanzar aquella meta social será, así, el objetivo de esas políticas.

Esta idea sobre la falta de capacidades que exhibirían los pobres niega también que haya beneficiarios de las situaciones de pobreza. Contar con mano de obra barata, poder mantener a parte importante de la población alejada de la posibilidad de disfrutar de sus derechos, lograr sobre esa base establecer relaciones abusivas que favorezcan –directa o indirectamente– a los estamentos más poderosos de la sociedad, no tendrían ninguna incidencia en la generación y el mantenimiento de esas condiciones. Si “el pobre” aprende a serruchar madera, conectar cables o calcular costos de un emprendimiento, problema resuelto.

Pero, la verdad, no logramos persuadirnos de que este mito se mantenga a través de décadas sin ningún cuestionamiento. ¿Por qué? Muy sencillo: si existiera realmente el convencimiento de que los pobres lo son por falta de conocimientos, estas políticas deberían investigar previamente cuáles son esos conocimientos de los que carecen. Pedimos disculpas por nuestra ignorancia, pero no hemos encontrado ningún estudio en este sentido.

Parece que lo que reemplaza a esos estudios imprescindibles para planear cualquier tipo de capacitación –saber lo que el educando ya sabe y lo que no–, es la creencia de que “al pobre” cualquier conocimiento le vendrá

bien. Así podrá considerarse virtuoso que termine los estudios secundarios o que aprenda un oficio o que se capacite para administrar un emprendimiento o que desarrolle habilidades para participar en la vida de su comunidad.

No importa si lo sabe o no: podemos poner a un junior a capacitar en planeación financiera a personas que han trabajado años en el sector bancario y han quedado desempleadas, o a pasantes universitarios a capacitar en cooperativismo a personas que participaron y dirigieron cooperativas durante décadas y a los que diversas vicisitudes económicas los han llevado a vivir en condiciones de pobreza<sup>3</sup>.

También nos hace dudar de que se crea a pie juntillas en este mito el hecho de que, luego de impartidas esas capacitaciones, no se realice ninguna evaluación de los cambios que las mismas deberían haber producido en la vida de esas personas. Así, no hay registro de que miles de pobres siguen viviendo en la misma condición luego de haber obtenido su título secundario, o que los oficios en los que han sido capacitados no tiene ningún tipo de demanda en el mercado, o de que los emprendimientos resultaron inviables por la competencia entre pobres ofreciendo los mismos productos y servicios con escaso valor agregado, o que la participación comunitaria terminó cooptada por el político de turno o, peor aún, siendo reprimida por las “fuerzas del orden”, orden que, evidentemente, incluye que no se modifiquen las condiciones de pobreza.

Abandonar el mito de que las personas que viven en condiciones de pobreza necesitan capacitarse para remediar su situación sería un inmenso progreso para las políticas sociales. Reemplazaría un prejuicio injustificado por un interés real en comprender las causas que hicieron surgir esas condiciones y contribuyen a su mantenimiento.

**Todos sabemos ciertas cosas e ignoramos otras: no es este un rasgo distintivo de “los pobres”. En este sentido todos necesitamos**

---

3 Estos no son ejemplos inventados. Aunque usted no lo crea, son tristes realidades que hemos observado recorriendo América Latina y lo peor no es que ocurra – siempre pueden ocurrir cosas extrañas en el mundo–, sino que desde la óptica de las políticas sociales se lo considere virtuoso.

**capacitarnos** y, ateniéndonos a los resultados, en primer lugar, los que planean las políticas sociales. La oferta institucional de capacitación para los adultos tiene un retraso injustificable en nuestras sociedades, pero, por suerte, la estructura educativa no es la única posibilidad de acceso a conocimientos.

Un primer corolario de este enfoque debería orientar a las políticas sociales a averiguar, antes que nada, quién sabe qué, en segundo lugar, quién necesita ese conocimiento y, en tercer lugar, a establecer los puentes que permitan circular esos saberes.

Eso redundaría en beneficios de las propias instituciones educativas. En general, abriría la inmensa posibilidad de recuperar un viejo método utilizado por la humanidad para construir conocimiento, que consiste en ir a ver qué pasa. Generaciones de graduados que aprendieron lo que dicen los libros, enseñados por profesores que a su vez están convencidos de esas verdades por haberlas leído en otros libros, nos devuelve este mundo desmayado de la “educación” que ya no educa y, lo que es peor, que casi no tiene incidencia en la construcción de un mundo mejor.

### Mito 3. Los pobres son vulnerables

A las personas que viven en condiciones de pobreza o indigencia se las considera “poblaciones vulnerables”. Sería ésta una condición inherente a la categoría de “pobre”, como si careciera de una armadura que lo protegiera de los avatares de la vida en sociedad.

No es trabajoso acumular ejemplos que permitan seguir creyendo en este mito: estas personas muchas veces son abusadas en sus derechos justamente por su falta de acceso a dispositivos que les permitirían intentar defender sus intereses. En otras ocasiones, esos mecanismos directamente no existen.

Mientras tanto, el resto de la población contaría con esa coraza protectora. Contar con dinero y poder permitiría comprar la salud, la felicidad, en

resumen, la vida buena, constituyendo de esa manera una especie de seres humanos no vulnerables.

Sin proponérselo, hasta podríamos sospechar que hemos encontrado una definición positiva de “pobre”, cosa que se nos había sido negada cuando hablamos del primer mito. Así, un pobre sería alguien vulnerable, mientras que un no pobre sería alguien invulnerable.

Pero el lector atento ya habrá encontrado en su memoria multitud de ejemplos de personas que, sin vivir en condiciones de pobreza, han sido vulneradas en los aspectos más sensibles de su vida. Desde ese nacimiento en la clínica más lujosa del país de un nonato con insalvables deficiencias genéticas hasta el accidente automovilístico que enlutó a una familia pudiente para toda su vida. Pero tampoco es necesario ir a ejemplos tan extremos: un cambio brusco en el mercado puede afectar a alguien que parecía invulnerable, un desengaño amoroso puede llevar de la felicidad al desconsuelo en toda condición social, la adicción a una sustancia puede desarticular la personalidad y el entorno social de quien no revistaba entre los vulnerables.

Las políticas sociales darían un gran paso adelante si aceptaran que **vulnerables somos todos, mientras que existen personas y grupos de personas cuyos derechos son efectivamente vulnerados**. Eso no ocurre porque sean vulnerables sino, simplemente, porque hay otro grupo de personas –también vulnerables, porque esa es la condición de la vida humana– que pueden abusar de ellas con relativa impunidad.

El trabajador informal al que su empleador no le realiza los aportes previsionales o no le permite gozar de vacaciones pagas, no está en esa situación por ser vulnerable, sino porque fracasa el poder de policía del Estado para hacer cumplir las leyes que regulan las relaciones de trabajo.

La mujer que sufre violencia familiar, en general ejercida por el varón que oficia de pareja, no recibe golpes y maltratos por ser vulnerable, sino por pertenecer a una cultura patriarcal donde esas prácticas son posibles.

El niño o la niña que vive en condiciones de pobreza o indigencia, que en nuestra región abarca a más de la mitad de la niñez, no está en esa

situación por ser vulnerable, sino porque sus progenitores no tienen empleo, porque sus viviendas son inadecuadas, porque sus familias carecen de los servicios básicos que hoy forman parte de lo que se considera una vida razonable.

Así, se esfuma nuestra ilusión de que la vulnerabilidad nos podía acercar a una definición de “pobre”. La vulnerabilidad, al igual que la empleabilidad, son términos que sólo oscurecen una realidad mucho más sencilla: vivimos en sociedades tremendamente desiguales. Este reconocimiento podría dar lugar a una nueva generación de políticas sociales que, a lo que tiendan, sea a generar una mayor igualdad, sin que ésta dependa de una metafísica de la pobreza que sólo entorpece los intentos honestos de mejorar las condiciones de vida de los más postergados.

#### Mito 4. La teoría de la discriminación positiva

La discriminación, según esta teoría, no siempre es mala. En algunos casos posterga a las personas por razones de etnia, color de piel, edad o género, pero en otros cumple el papel positivo de ayudar al avance de los rezagados.

La carrera de la vida sería, así, una carrera de obstáculos. A los que vienen más atrás no les vendría nada mal que les quiten algunos para poder dar alcance a los que los superan. Además de los innumerables problemas éticos que enfrenta esta teoría, es necesario reconocerle que, en cierto sentido, contradice la idea de mérito que ilusoriamente gobierna a nuestras sociedades. Sería como el reconocimiento de que algunos largaron de tan atrás que, por más méritos que acumulen, si no cuentan con una ayuda adicional, jamás lo lograrán.

Entonces, en una sociedad profundamente desigual, esta teoría propone establecer desigualdades al revés. Hay que aceptar que se trata de una idea inmensamente seductora.

Si el profesional negro de las universidades de Brasil tiene, estadísticamente, menos posibilidades de llegar a ocupar un cargo de investigador, entonces se trata de que cada universidad deba garantizar un cupo de investigadores afrodescendientes. Si el ejercicio de la política es una actividad esencialmente masculina en Argentina, entonces la teoría de la discriminación positiva impulsará la obligación de que el cincuenta por ciento de las candidaturas deban ser ocupadas por mujeres. De la misma manera hay que reservar puestos de trabajo para las diversidades sexuales, para los discapacitados y para los exconvictos, para señalar sólo algunos casos.

Claro que todo eso se logra a expensas de reducir los derechos de los investigadores blancos, de los varones, de los heterosexuales, de los que no sufren ninguna discapacidad o no han purgado en la cárcel sus delitos. Se dirá, claro, que estos últimos cuentan con más posibilidades mientras que los protegidos por la teoría de la discriminación positiva con menos. Eso mismo comprendió Daniel Auteuil en *El placard*<sup>4</sup> cuando finge ser homosexual para no ser despedido.

La poca afición por comprobar los efectos prácticos de las teorías hace de éstas un inagotable reservorio de sinsentidos. Sin ley de cupo cumplieron un papel insustituible en la política Rosa Luxemburgo, Alicia Moreau de Justo o Eva Duarte de Perón. Más acá en el tiempo, tampoco aprovecharon de esa ley Dilma Rouseff (Brasil), Cristina Fernández (Argentina), Michelle Bachelet (Chile), Laura Chinchilla (Costa Rica), Portia Simpson (Jamaica) o Kamla Persad-Bissessar (Trinidad y Tobago), mientras que con la ley de cupo ocuparon cargos esposas, hijas y amantes de políticos varones, aun sin contar con capacidad ni interés especial en los problemas sociales y políticos. ¿Por qué sólo varones incapaces podrían ocupar esos cargos?

Las distintas aplicaciones de la teoría de la discriminación positiva dicen, entre bambalinas, que esas personas a las que se intenta proteger no tienen las capacidades para lograr ocupar los lugares sociales que hoy les son negados. **Las políticas sociales darían un gran paso si se ocuparan de**

---

4 *Le placard*, película francesa, 2001.

**eliminar las condiciones sociales que permiten y sostienen los diversos tipos de discriminación, y no se dedicaran a inventar nuevas discriminaciones de dudosos efectos.**

El primer corolario de este nuevo enfoque será, entonces, que cualquier persona, de cualquier condición, podrá desplegar sus capacidades si las condiciones que se lo impiden son eliminadas. No se modifica la sociedad patriarcal por promover mujeres a posiciones socialmente más relevantes ni se modifican las posibilidades de los investigadores negros dándole prerrogativas sobre los blancos. La historia contemporánea está llena de ejemplos de mujeres defensoras de la cultura patriarcal y de líderes negros que no han modificado ninguna de las condiciones de postergación de las poblaciones afrodescendientes.

Crear que el cambio cultural se impulsa a partir del sexo biológico o del color de la piel, además de basarse en una ignorancia difícil de calificar, expresa un grado de androfobia y de neoracismo que no augura nada bueno para el futuro humano.

## Mito 5. La replicabilidad

Las buenas iniciativas en políticas sociales, dice el manual, deben ser replicables o, dicho de otra manera, una buena política social es aquella que producirá los mismos efectos positivos cada vez que se implemente. Claro que esta idea de replicabilidad se basa en algunos supuestos que nos pueden sorprender.

El primero de ellos es que todas las constelaciones humanas son iguales, sólo se diferenciarían por su idioma y algún detalle más, pero el conjunto de sus interacciones simbólicas no hace más que repetirse de una en otra. El segundo supuesto en el que descansa la demanda de replicabilidad es la inexistencia de la historia y su papel eficiente en el desarrollo de una cultura. El tercero anula el transcurso del tiempo y considera a cualquier sociedad no sólo igual a todas las demás, sino igual a sí misma en toda época posible.

Claro que dicho así estos supuestos parecen algo difíciles de sostener, pero, si se lo piensa bien y se buscan las analogías que les pudieron dar origen, veremos que son el reflejo fiel de la idea de que la sociedad es un mercado. El mercado tiene un funcionamiento igual en todas partes, intenta justamente eliminar aquellos aspectos de la cultura que impiden su predominio y no atribuye ninguna importancia al momento histórico que atraviesa cada sociedad: las reglas del valor y la ganancia se aplican por igual en todo momento y en cualquier lugar del planeta.

Entonces, analizado desde este punto de vista, la demanda de replicabilidad termina siendo un engaño con todas las de la ley. Este principio diría algo así: como el mercado es el distribuidor de riqueza, todas las iniciativas que se adapten a esta idea utópica y atemporal de mercado tendrán efectos positivos en la superación de la pobreza.

El pequeño detalle es que la primera premisa es falsa: el mercado no distribuye riqueza, por el contrario, la concentra. Entonces, **las políticas sociales ganarían mucho si abandonaran la idea del elixir universal y trabajaran para identificar, en cada caso, cuáles son las estructuras de privilegio que permiten a una parte de la sociedad enriquecerse indefinidamente mientras que condena a otra a vivir por debajo del nivel de una subsistencia digna.**

Llegados a este punto, se debería producir el efecto contrario al recomendado actualmente: una política social “replicable” debería hacernos desconfiar a priori de su eficacia, ya que ignorar las condiciones culturales e históricas que permiten y reproducen las condiciones de pobreza nos hará gastar esfuerzos y dinero que no nos devolverán ningún resultado plausible.

La pobreza no es una bacteria a la que se le puede aplicar un antibiótico. Más allá de la preferencia por las metáforas militares y sanitarias – derrotar, erradicar, etc.–, la pobreza es el resultado de la manera en que vivimos, o sea, como hemos insistido en más de una oportunidad, esas condiciones no se refieren a la relación de los hombres con las cosas, sino a la relación de los hombres con los hombres y, estas últimas, están imbricadas con la historia, la cultura y las subjetividades resultantes.

## Mito 6. La empleabilidad

Un mundo donde se reducen permanentemente los puestos de empleo a manos de la aplicación de tecnología y del aumento de la jornada de trabajo necesita, según este mito, que las personas aumenten su empleabilidad para acceder a trabajos que no existen.

Es una lógica difícil de entender si no se tiene en cuenta que rara vez las políticas sociales ahondan en las causas de los fenómenos que quieren subsanar. En su lugar, apelan a lugares comunes nunca comprobados, como lo son que las personas no tendrían los conocimientos que el mercado de trabajo reclama, que hay que ayudar a los jóvenes a conseguir su primer empleo, que el que no sabe computación es un analfabeto del siglo XXI o el que no sabe inglés no puede trabajar en el mundo globalizado, que hay que recuperar la cultura del trabajo<sup>5</sup> y así de seguido.

En los años 70 o los 80 del siglo pasado aún circulaban creencias que era necesario comprobar, como que los desplazados de la industria iban a encontrar puestos de trabajo en el área de los servicios, que los que no lo lograran se iban a transformar en micro emprendedores, que a medida que aumentaran las inversiones se crearían nuevos puestos de trabajo, para citar sólo algunas. Pero esas ideas ya ni constituyen un problema teórico: la evolución del mercado de trabajo en los últimos cincuenta años las ha desmentido.

¿A santo de qué se insiste con estrategias que, a todas luces, no tendrán ningún efecto? Algunos autores creen que se lo hace para culpabilizar a los desempleados por su situación<sup>6</sup>, otros, que así se los mantiene entretenidos buscando trabajo<sup>7</sup>, otros creemos también que se trata de una demostración de la ignorancia de los que planean esas políticas, con poca preparación para incidir en los problemas reales que enfrentan nuestras sociedades y con poca vocación para capacitarse y comprenderlos. Es más cómodo seguir repitiendo frases gastadas, que a una gran mayoría pueden

---

5 Sobre este tema se puede consultar *La cultura del trabajo y la danza de la lluvia*, 2<sup>da</sup> edición, Pauselli, 2021, en [www.emiliopauselli.com.ar](http://www.emiliopauselli.com.ar)

parecer aceptables de tan acostumbrados que están a oírlas, aunque no coincidan ni con su propia experiencia ni con los resultados de las políticas así planeadas.

Tan despistados andan estos señores y señoras que repiten como una verdad sagrada que, para que haya más trabajo es necesario aumentar la productividad, sin reparar en absoluto que el resultado evidente de ese aumento deriva directamente en la eliminación de puestos de trabajo. Claro que lo disfrazan diciendo que una economía más competitiva logrará exportar más, o sea, como ya explicara Keynes<sup>8</sup>, logrará trasladarle el problema a otros allende las fronteras. Pero esos otros, en este mismo momento, están haciendo lo mismo, contando para ello con ventajas tecnológicas, financieras y geopolíticas.

¡Qué hermosa sería una sociedad donde abundara el empleo decente y cada cual pudiera desarrollarse de acuerdo a su voluntad y sus capacidades! Pero esa sociedad imaginaria es ya, a esta altura, el cadáver insepulto de los Estados de Bienestar que tuvieron su cuarto de hora en algunos países y, como es de esperar, ya huele muy mal. **Las políticas sociales harían muy bien en fomentar la reducción de la jornada de trabajo, impulsar la ampliación de las licencias por estudio, maternidad y paternidad, y recomendar la eliminación de las horas extras que dañan tanto al trabajador activo como a aquel que espera una oportunidad en el mercado de trabajo.**

En vez de esto, las actuales políticas sociales insisten en el sinsentido de que, aumentando la empleabilidad –que no se sabe muy bien qué cosa sea– de pobres e indigentes, aumentará el empleo, aunque disminuyan los puestos de trabajo. ¡Vaya a usted a entenderlo!

## Mito 7. La sustentabilidad

---

6 André Gorz

7 Viviane Forrester

8 Maynard Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, 1936.

Lo sustentable se opone a lo efímero, como lo sólido se opone a lo que se derrumba. Constituye, así, un valor positivo: ¿quién no desea que algo valioso perdure en el tiempo? Ese es uno de los criterios que diferenciará una buena política social de aquella que, aun logrando algún resultado, no tiene proyección autónoma hacia el futuro.

Claro que, a poco de investigar este mito, nos encontraremos con que se trata aquí de una comprensión totalmente unilateral del concepto de sustentabilidad. Cuando se habla de desarrollo sustentable, por fuera de las políticas sociales, se hace referencia a modelos que permitan resolver las necesidades del presente sin comprometer los recursos que necesitarán utilizar generaciones futuras. La economía sustentable es aquella que preserva el medio ambiente y atiende las necesidades de la humanidad. El consumo sustentable se refiere a un tipo de utilización de los recursos que no ponga en peligro el planeta. En fin, lo sustentable o sostenible se refiere siempre a procesos que tienen lugar en un tiempo 1, donde lo que allí ocurre no debe poner en riesgo lo que debe suceder en un tiempo 2.

En políticas sociales, cuando se demanda sustentabilidad, se habla de algo totalmente distinto. No se trata siquiera de sustentabilidad institucional o de sustentabilidad técnica. Lo que se quiere señalar es que esas acciones deben tener continuidad en el tiempo una vez acabado el financiamiento que les dio origen. El ideal consiste en realizar un gasto por única vez y que luego se generen las ganancias suficientes para hacer innecesarios nuevos desembolsos. Sería algo así como un tiempo 1 que se agota en sí mismo, que no tiene proyección hacia el futuro, a no ser que...

A no ser que se considere toda inversión realizada para superar las condiciones de pobreza como un gasto indeseado. De esa manera se podría entender en qué sentido estas políticas hablan de sustentabilidad: se trata de eliminar toda aplicación de recursos futura a la superación de esas condiciones, la sociedad no puede hacerse cargo de subsanar las calamidades que su propio funcionamiento genera. Así como es deseable no consumir los recursos que necesitarán generaciones futuras, no dañar el medio ambiente ni poner en riesgo la vida en el planeta, lo será también no tener que hacerse cargo de la mejora de la vida social.

Una acción social que se lleve adelante por la convicción de las personas que la impulsan, sean éstos miembros de la comunidad afectados por las condiciones de pobreza u otras personas y grupos que quieren colaborar con su superación, no será considerada sustentable. La voluntad de las personas es variable, hoy están dispuestas a colaborar, pero mañana, vaya a saber. Los compromisos éticos, religiosos o políticos no tienen ningún valor a la hora de hablar de sustentabilidad cuando se trata de políticas sociales.

Tampoco se aplica este término cuando nos referimos a acciones sostenidas por los gobiernos, a la promulgación de leyes y a la asignación de partidas presupuestarias. Este tipo de decisiones también resultarán aleatorias y tampoco se considerarán sustentables.

No serían políticas sociales sustentables aquellas que representen un esfuerzo sostenido de la sociedad por eliminar las condiciones de pobreza. Estas condiciones aparecieron mágicamente, nadie sabe cómo se generaron y se sostienen; de la misma mágica manera se espera que poniendo en marcha unas acciones que no conlleven muchos recursos, o que lo hagan sólo de manera temporaria y excepcional, “por única vez”, se puedan resolver.

A partir de este criterio, resultan políticas sociales detestables todas las que incluyan transferencias directas de ingresos sostenidas en el tiempo. Si ese ciudadano no logra en un plazo determinado alejarse de las condiciones de pobreza o indigencia en las que vive, pasa a ser su problema: la sociedad ya lo ha ayudado, no se pueden mantener vagos con los impuestos de las personas laboriosas.

De a poco, este mismo criterio se va extendiendo también hacia las transferencias indirectas destinadas a toda la población. Así, la salud pública o la educación gratuita se tornan inversiones dudosas si requieren de aportes crecientes del Estado. Si la sociedad funcionara bien –parecen creer estas teorías de la sustentabilidad–, cada cual debería poder pagar por los servicios de salud, educativos o de cualquier otra índole que

quisiera recibir, sin que los mismos se transformen en una carga para toda la sociedad que, dicho sea de paso, es su única beneficiaria<sup>9</sup>.

Claro que esta idea de sustentabilidad sólo se puede sostener si está acompañada de un individualismo extremo. La sola sospecha de que la suerte de los individuos depende, en todos los casos, de las condiciones sociales de su vida, hace caer por tierra la idea de que cada cual se arregle como pueda. Ya ha sido dicho que nadie puede realizarse en una comunidad que no se realiza<sup>10</sup>.

Por el contrario, **las políticas sociales mejorarían su performance si en vez de demandar su sustentabilidad hicieran el centro en su eficacia.** Si una política alcanza su cometido no es importante si demanda o no demanda nuevos fondos: quizás su eficacia depende, efectivamente, de un sostenido esfuerzo presupuestario que debe realizarse si realmente se quiere superar aquellas condiciones.

¿Entonces dice usted que al pobre hay que darle todo? De ninguna manera, sólo hay que compartir con todos los miembros de la especie aquellos bienes que nuestra sociedad histórica puede producir en abundancia.

La demanda de sustentabilidad ha llegado al extremo de desvirtuar muchas de esas políticas. Para dar sólo un ejemplo, los microcréditos destinados a apoyar emprendedores de la franja más pobre de las sociedades latinoamericanas se fueron otorgando, de a poco e

---

9 La idea final al respecto es que la sociedad no puede invertir en sí misma si eso no produce beneficios para el sistema financiero y ganancias para el sector empresario. Se esconde así que la apariencia de sostenibilidad que se atribuye a las iniciativas de capital se debe sólo a que éstas no se hacen cargo de los costos sociales y ambientales que su supuesta sostenibilidad genera, derivando esos costos en ocasiones al Estado que tanto vituperan y, en la mayoría de las situaciones, sólo deteriorando la calidad de vida de los seres humanos.

10 Juan Domingo Perón, 1971, entrevista realizada por Pino Solanas y Octavio Getino: “El hombre podrá independizarse, solamente, en una comunidad organizada. Donde cada uno haga lo suyo, realizándose dentro de la comunidad que también se realiza. Ya que es muy difícil que un hombre pueda realizarse en una comunidad que no se realiza”.

imperceptiblemente, cada vez más a un tipo de emprendedor más estable y de mejor pasar económico. La consigna de “llegar a los más pobres de los pobres” quedó sepultada debajo de la demanda de sustentabilidad.

## Mito 8. Favorecer el emprendedorismo

La realidad puede ser muy cruda en estos días. Cuando se apagan los cantos de sirena que hablan de la capacitación para el trabajo y de la empleabilidad, nace la estrella que deberá acompañar a los emprendedores; o sea, a aquellos para los que la sociedad no tiene nada para ofrecerles y deben arreglárselas por su cuenta.

Con todos los programas de fomento del emprendedorismo no es tan difícil llegar hasta el establo de Belén, lo que es poco probable es recibir la visita de los Reyes Magos. Antes bien, estos emprendedores fomentados desde las políticas sociales deben encontrarse en el mercado con miles de otros como ellos, que ofrecen los mismos productos y servicios, tratando de desplegar las mismas estrategias de marketing aprendidas en los mismos cursos, llegando a la misma conclusión de que sus ingresos son el principal costo variable del emprendimiento, aunque esto contradiga todo lo enseñado.

La elevada mortandad de estas iniciativas económicas no hace mella en sus impulsores. Que más del 90 % de las mismas no alcancen el año de vida nada dice de sus posibilidades; que la mayoría de estos intentos en vez de crear puestos de trabajo decente deriven en algo muy distinto, como es el trabajo informal, con extensas jornadas para obtener muy bajos ingresos, tampoco.

Sin dudas el trabajo por cuenta propia ha venido aumentando en los últimos treinta años en la región, así que es razonable que desde el sector público y privado se generen iniciativas de apoyo a estas personas. Lo que no parece tan evidente es que sean en especial los pobres y los indigentes los que mejor aprovechen de esta modalidad de trabajo.

Es dable pensar que serán las personas vinculadas con segmentos medios o altos de la sociedad y cierta capacidad de acceso a tecnología y fuentes de financiamiento las que tendrán mayores posibilidades de poner en marcha iniciativas por cuenta propia de carácter innovador. Mientras tanto, se hace difícil de imaginar cómo millones de personas haciendo empanadas, cortando el pelo o reparando ropa –para citar las iniciativas más comunes– podrán alcanzar un buen nivel de vida superando las condiciones de pobreza en las que les toca vivir.

La supuesta falta de carácter emprendedor se transforma así en un nuevo estigma para las personas que viven en esa condición. “Trabajo hay, lo que falta es empleo”, repiten con cara de sabios personas que en general están empleadas, como aproximadamente el 75 % de los que tienen trabajo en la región. Es más, los intentos por acceder a un empleo terminan siendo catalogados como una de las causas por las que no tienen trabajo: “quieren algo que no existe”, afirmarán esas mismas voces autorizadas. El pobre debe desear trabajar, pero no debe desear un empleo. Extraño, ¿no?

**Las políticas sociales deberían analizar los resultados que obtienen esos emprendedores comparándolos con los que obtiene el trabajador del mercado formal de empleo para, de esta manera, dejar de cumplir el papel de “policía bueno” en la construcción y legitimación de una sociedad desigual.**

La prédica del emprendedorismo para los pobres e indigentes que se lleva a cabo desde las políticas sociales lo que dice, en realidad, es que está bien que gran parte de nuestra sociedad deba trabajar sin ninguna posibilidad de ascenso social, sin hacer previsiones para su vejez, sin acceder a seguros médicos, sin poder obtener los recursos necesarios para la reproducción digna de su vida y la de su prole.

Quizás no se quiera decir eso con las palabras, pero es lo que se dice con los hechos.

## Mito 9. La segmentación de los pobres

Las políticas sociales, quizás sin proponérselo, producen a partir de sus acciones y programas la separación de “los pobres” del resto de la sociedad. Así, aparece la educación para pobres, la alimentación para pobres, los trabajos para pobres, la salud para pobres, la tecnología para pobres, los créditos para pobres, en fin, que para estas personas serán beneficiosas conductas, bienes y servicios que no serán tenidos en cuenta para los que no viven en esa situación.

Desde ladrillos hechos con basura compactada hasta conductas solidarias ausentes en el resto de la población, estas personas serán orientadas a realizar acciones de las que quedan exentos todos los demás. Nadie construirá sus viviendas con ladrillos hechos con basura, salvo los pobres, y tampoco se exigirá a otros que abandonen sus esfuerzos por destacar individualmente de los demás, excepto a los pobres.

Pero a esta primera división, la de “los pobres” respecto al resto de los miembros de la especie, se suman otras que hasta adquieren un tinte progresista. A mitad de camino entre la teoría de la discriminación positiva y los desarrollos del marketing, las políticas sociales hacen suya la necesidad de dividir a los pobres según determinadas características relacionadas a su lugar real o esperable en la sociedad. Así, habrá programas para las mujeres, para la niñez, para la juventud, para los adultos mayores, para las diversidades sexuales, para personas afectadas por el desempleo, para migrantes, y así hasta el infinito.

Cada uno de estos grupos, se creará, tiene sus propias necesidades, y éstas deben atenderse con la especificidad que el caso requiere. Esas necesidades dependen, así, de alguno de los rasgos señalados: son problemas en sí mismos que no se originan en el funcionamiento del todo social. Si tenemos la suerte de encontrarnos con personas que comprendan esto último, ello no hará mella en la creencia de que estos problemas generados socialmente sólo se podrán resolver sectorialmente. Las mujeres se ocuparán de los problemas de las mujeres, los migrantes de los de los migrantes, los adultos mayores de sus propios problemas.

Pero al interior de cada uno de estos grupos la división continuará: habrá programas para migrantes mujeres, para migrantes jóvenes, para migrantes maduros adultos, para migrantes que no hayan terminado sus estudios, y así de seguido.

Nunca se pensará en que, si no se actúa para modificar las condiciones culturales de la sociedad que genera esas situaciones, esos problemas nunca tendrán solución, como demuestra palmariamente la escasa eficacia que alcanza la ejecución de esas políticas, muchas veces apoyadas en cuantiosos presupuestos.

Cada grupo así conformado, y estigmatizado, deberá pelear por lo que le aqueja, porque es evidente que sus necesidades, por principio, no le preocupan ni le deberían preocupar a nadie más en la sociedad. Como competidores en el mercado de los problemas sociales, cada grupo de pobres deberá hacer valer lo suyo para que, así como de la acción individual de cada uno en el mercado surge la prosperidad general, de esta defensa de intereses particulares nazca una sociedad mejor y más equitativa.

Claro que este enfoque se contradice en sus propios términos, ya que mientras se le demanda a “los pobres” que se ayuden mutuamente y sean solidarios entre sí, en la práctica se los divide y se los incentiva a que cada cual luche por sus propios intereses.

**Las políticas sociales darían un paso de gigante si defendieran la idea de que nada que no sea valioso para toda la sociedad lo será para las personas que viven en condiciones de pobreza e indigencia. A su vez, una nueva generación de políticas sociales deberá estar enfocada en movilizar todos los recursos comunitarios para abordar cada una de las situaciones sociales no deseadas y no depositar esa responsabilidad sólo en los que las sufren.**

Mientras se sostenga el mito de que cada uno debe ocuparse de lo suyo y se exima así al resto de la sociedad de abordar las situaciones que su propio funcionamiento genera, se estará cada vez más cerca de entretener a “los pobres” y más lejos de impulsar reales soluciones a los problemas.

## Mito 10. Hay que producir más

Está claro que si tengo un pan para vender mi ingreso será muy reducido, si tengo diez panes me irá algo mejor y si cuento con cien panes mi situación ya será completamente distinta. Cualquiera puede entender esta sencilla verdad: la meta está clara, los pobres deben producir más.

Más de lo que sea, de productos, de servicios, de sillas, de alimentos, de lo que venga. Las políticas sociales parecen suponer que la demanda es ilimitada y que, cuanto más se produzca, más ingresos obtendrán las personas que viven en condiciones de pobreza e indigencia.

Claro que esa creencia se debe a que se formulan la pregunta equivocada. El problema no es cuánto tenga para vender, sino quién me lo va a comprar. Esta verdad, que conocen las empresas, los economistas y hasta cualquier persona con sentido común, por alguna razón permanece oculta para los que planean y ejecutan las políticas sociales.

Participan de este misterio distintos juicios que, durante años, se han vertido sobre la pobreza y las características de los que la sufren. El primero de ellos es que “los pobres” no serían lo suficientemente laboriosos, porque cualquiera sabe que el que trabaja duro va progresando en la vida. El segundo, que “los pobres” no son personas constantes, hoy quizás trabajen mucho pero luego pueden dedicarse al descanso durante varios días: eso tampoco ayuda a superar su situación. Los más piadosos creen que “los pobres” son desorganizados, así que una buena disciplina de producción diaria no sólo aumentará su bienestar económico, sino que los hará mejores personas. No falta en esta galería el cuadro que pinta a los pobres como poco ambiciosos, pero, como el hambre viene comiendo, si se ponen a producir y a ingresar dinero, ya luego tendrán un incentivo propio para querer ganar cada vez más.

En fin, puede usted ya seguir recorriendo solo las distintas salas que exponen cómo serían “los pobres”, pero ninguna de esas imágenes podrá remediar la situación de que el problema no es cómo producir, sino a quién venderle. Los programas que se orientan a aumentar la producción y, en ocasiones, la productividad de las personas que viven en esta

situación, que se esmeran en transferir conocimientos en los aspectos técnicos de la producción de marras y en algunas áreas administrativas, que en los últimos años han agregado a su currícula técnicas de venta, no examinan ni ayudan a examinar cuál es la demanda no satisfecha del mercado que se tiende a remediar.

Es así que, muchas veces, con estas iniciativas se logra el efecto contrario al buscado: no sólo no se crean nuevos puestos de trabajo, sino que se reemplazan puestos de trabajo de mayor calidad por otros mucho más precarios. ¿Cómo sucede esto? Muy sencillo, como de lo que se trata es de producir bienes y servicios para los que no existe una demanda insatisfecha, el principal recurso para competir con prestadores más formales termina siendo el precio. Al bajar éste, aquellos se ven en dificultades para sostener esos puestos que pagan cargas sociales y otros impuestos. Finalmente, el objetivo de “producir más” no se alcanza y sólo se logra, en vez de aumentar la riqueza, extender y distribuir de una nueva forma la pobreza.

Claro que hay excepciones –no muchas– en este tipo de proyectos, pero cuando ese es el caso, rápidamente esa producción de bienes o servicios es colonizada por iniciativas de capital que obtienen así una nueva fuente de ganancias e introducen inmediatamente la lógica de reducir la cantidad de puestos de trabajo: la eficiencia, que le dicen. De esta manera, cuando la idea de “producir más” es económicamente viable, tampoco la pueden aprovechar las personas que viven en condiciones de pobreza.

**Las políticas sociales darían un gran paso si incorporaran a su análisis las condiciones políticas que harían falta para que determinados tipos de producciones viables se sostengan en beneficio de las poblaciones más postergadas.** De no ser así, sólo se tratará de iniciativas que precaricen el trabajo o beneficien al capital.

## Epílogo. Las modas de la pobreza.

Casi doscientos millones de personas en la región no viven en condiciones de pobreza por elección o falta de mérito: su situación es una de las tantas consecuencias del tipo de sociedad que somos. Reparar esas consecuencias no puede ser una responsabilidad de “los pobres”: esa creencia, que está en última instancia en la base de todos estos mitos, sólo elude la evidencia de que así no podemos seguir viviendo. Estas condiciones, en las que subsisten gran parte de los habitantes de la región, no son una falla del sistema, por el contrario, es el resultado del buen funcionamiento de nuestro modo de vida.

Esa situación hace necesario, entonces, disfrazar consciente o inconscientemente la realidad. A medida que pasan las décadas se imponen nuevas modas en la conceptualización y el “tratamiento” de la pobreza. Así, en la última década del siglo pasado, las intervenciones destinadas a la superación de la pobreza recibían el término descriptivo y prescriptivo de “micro”: así nacieron los microcréditos, las microempresas, el micro desarrollo o desarrollo local. Lo que a escala de todo el organismo no tenía solución, lo tendría –así se esperaba sin ninguna razón– a nivel celular, haciendo que las pequeñas unidades económicas, geográficas o sociales adquirieran una dinámica distinta y hasta opuesta a las características generales de la sociedad. Mientras aquella concentraba la riqueza generando miles de nuevos pobres, a nivel micro se revertiría esa tendencia repartiendo la riqueza y generando miles, si no de nuevos ricos, por lo menos de personas que vivieran dignamente.

Cuando la magia de lo micro se fue agotando sin aportar ninguno de los resultados esperados, a principios del siglo XXI una nueva palabra pasó a ser sinónimo de iniciativas destinadas a los pobres: la palabra “social”. Así nacieron la economía social, la comercialización social, las sociotécnicas, el salario social y otras iniciativas. Así como antes el término “micro” garantizaba que estuviéramos hablando de iniciativas destinadas a los pobres, ahora esa misma función la cumplía esta nueva palabra.

Pero lo “social” se demostró igual de estéril que lo “micro”, así que un nuevo término pasó a designar todo lo que se hiciera en nombre de favorecer a los pobres: esa nueva palabra fue “universal”. Así vieron la luz el salario universal, la asignación universal por hijo, la asignación universal por discapacidad y otras universalidades –ninguna de ellas realmente universal–, las que, en todos los casos, no estaban destinadas a la sociedad en su conjunto sino sólo a los que pudieran demostrar, según distintas listas de requisitos, que eran efectivamente “pobres”.

Estos conceptos y denominaciones, surgidos con cierto orden en el tiempo, no se fueron reemplazando unos a otros, sino acumulándose como capas arqueológicas.

Pero uno de los productos más notables introducidos en esta historia, estudiado en las universidades, financiado por las políticas sociales y aplicado por grupos profesionales, recibe el nombre inocente de “animación comunitaria”. Grupos humanos sin alma habrían perdido la capacidad de luchar por sus sueños y alcanzarlos; entonces, las políticas sociales pagan por proyectos que remedien esa situación. Como nuevas hadas madrinas, llegan estas iniciativas con ese “corazón de fantasía” que permitirá a Pinocho, si no transformarse en un niño igual a los demás, por lo menos prolongar su vida un poco más.

Desde la antigüedad se pueden rastrear discusiones sobre si las mujeres o los niños o los habitantes originarios de los territorios coloniales tenían alma, pero la idea de que los pobres pudieran carecer de ella es absolutamente moderna.

Las personas que viven en condiciones de pobreza o indigencia no necesitan que nadie les provea de un alma o les devuelva la que habrían perdido. Lo que necesitan es que la sociedad deje de producir esas condiciones porque, como ya hemos dicho en otras oportunidades, la pobreza es sólo una consecuencia de la manera que tenemos de producir riqueza.